

Si se observa con detenimiento a los miembros de la clase política, se podrá observar su considerable capacidad alotrópica. Hoy aparecen con una forma, mañana con otra. Aquel que lleva hoy el bicornio emplumado de embajador podrá ostentar

Los Contem porá neos

MASCARADAS

mañana la vara de alcalde, pasado mañana el uniforme de gobernador civil. Sus nobles cabezas están perfectamente preparadas —se diría que genéticamente— para recibir toda clase de sombreros. Gorras, boinas, chisteras, coronitas de baronet. Hasta barretinas se han visto en alguna ocasión célebre. En algunos se adivina en el futuro infinito la posibilidad de un halo de santidad (a algunos se les atribuye en vida). Hongos, si su forma provisional les lleva a la City; grises chisteras para Epsom; verdes sombreros tiroleses, si las circunstancias les llevan a pasear por el Prater. Y si un día deben abandonar la política momentáneamente —ninguno cree en un abandono definitivo—, tienen ya las importantes posaderas preparadas para acomodarse en el sillón de la presidencia de un consejo de administración de un banco, de un monopolio, de una empresa privada.

¿Sirven para todo? ¡Sirven para todo! Una vez que son, no dejan ya nunca de ser. Pueden hasta tener el don de la ubicuidad y ocupar varios asientos —escaños, poltronas, sillones— al mismo tiempo. Y hasta utilizar alguno de ellos para combatir con aspereza la multiplicidad de cargos y pretender que se voten las incompatibilidades, y votarlas ellos mismos, en la seguridad de que es algo que no les atañe. Puesto que ellos tienen una virtud congénita: saber mandar. Y saber interpretar los de-

seos del pueblo para mejor servirle. La ciencia no ha descubierto aún de qué medio se valen para esta interpretación, puesto que no necesitan de urnas —las detestan— y hacen cuanto pueden por evitar que tales deseos se manifiesten por medio de reuniones, discursos

o periódicos. Creen que este tipo de manifestación —la palabra manifestación les es profundamente odiosa— podría perturbar su receptividad personal y no les permitiría interpretar los dichos deseos del pueblo.

En cuanto a su capacidad de adaptación a los tiempos es verdaderamente notable. Pasado, presente y futuro no son para ellos como para los demás mortales —ellos no lo son, habitualmente— temporas definidas: la cinta transcurre siempre igual. Simplemente mutan de máscara, de disfraz, de saludo. Las camisas no les sirven, en realidad, más que para dos clases de situaciones: azul o blanca. Pero la blanca tiene una infinidad de aplicaciones, según los administradores que la acompañen. La piel antigua la dejan abandonada, como las serpientes en la época de muda, a un lado del camino.

¡De ellos es el mundo! No es una metáfora: es que el mundo es de ellos. Cuando se encuentran con sus colegas de otros países, sonríen con un cierto aire de superioridad. Sus colegas de otros países tienen una posesión del mundo bastante más provisional: ellos tienen la eternidad. Y si por un error de la naturaleza llegan a morir, sus hijos —la especie suele ser prolífica— han sido adiestrados ya para sustituirles: tanto por la inscripción en el código genético como por una educación difícilmente sentimental. ■

POZUELO

SALTES

